

Hacia un nuevo Renacimiento

Javier Lorenzo Candel

PROPONE JAVIER LORENZO LA NOCIÓN DE POESÍA NEORENACENTISTA (TRAS UNA AGUDA EXPLICACIÓN DE SUS CONTENIDOS) PARA ENTENDER UNA FRACCIÓN DE LA POESÍA ESPAÑOLA ACTUAL.

En los últimos años, la proliferación de antologías y estudios literarios preocupados por trazar líneas de división y análisis de la última poesía española nos hacen ver el tremendo desconcierto que, al menos en nuestro país, se viene fomentando en la adquisición de valores que nos proporcionan las claves del desarrollo poético español. Y es que existe un vacío sustancial en el compromiso de nuestros poetas con la palabra, vacío que marca tremendos agujeros negros que tragan, o más bien permiten, todo el amplio espectro de voces sembradas a lo largo y ancho de una enorme pradera fértil.

Claro que desde esta *sobredimensión* creativa los filólogos más preocupados en dar entidad, quizá generacional, a nuestras tiempos poéticos, se vean en la difícil tarea de aproximarse a la pluralidad de voces con estudios saturados de interpretaciones, con *politonos* que dan, al lector no avisado, el desconcierto propio de quien transita espacios muy diferentes en la reducida exégesis de la realidad actual.

Es evidente que, durante un tiempo, la reducción interpretativa de la creación poética española buscaba sus claves en la llamada «*poesía de la experiencia*», amparada en los últimos años del siglo pasado por la llamada «*otra sentimentalidad*», y daba como itinerario teórico la poesía de Machado o Juan Ramón, la heredad virtuosa de un Gil de Biedma, o la recepción prolífica de García

Montero en el conjunto de una obra destinada a ser referente total de las ávidas generaciones de principios de siglo. Este estatus de *definitiva* que la poesía de la experiencia había fomentado en sus años de euforia, la concesión de sus propios valores no sólo al ámbito creativo sino, y esto es más importante, al ámbito lector, constituyó un perfecto escenario para crear diques de contención que sirvieran, a su vez, como soporte de los autores que, ahora sí, proliferaron en su defensa de la experiencia como característica de la poesía española reciente.

En este espacio, la confortabilidad de escritores y lectores -los estados de calma proponen siempre movimientos de continuidad- llevó a la aparición de voces que, aun educadas en los compromisos que la *poesía experiencial* había trazado, saltan al panorama literario español con la fuerza de otra heredad, esta mucho más alejada geográficamente, que marcaba los primeros pasos de la literatura americana, más concretamente en la experimentación hacia el «realismo sucio» que tuvo una gran aceptación entre los poetas hijos de las conductas propias que habían marcado los autores de la experiencia. García Casado, Wolf, Iribarren, proponen un compromiso con el mundo desde la aparición de voces nuevas amparadas en el descontento, en la abulia y una supuesta falta de implicación que hacen revisar el estado del escritor en el mundo, la necesidad de una sociedad que amplifica la desolación y la hace moneda de cambio de una generación comprometida sólo con el deterioro y la desubicación en el amplio espectro de las conductas que rodean al individuo. La contestación surge entonces como soporte necesario para entrar en el mundo de la contemplación destruyendo cualquier posibilidad de compromiso que no sea el propio, y alejando los comportamientos de lo que podríamos llamar, en términos generales, política social necesaria.

Pero como si de un movimiento de salvación se tratara, la crítica especializada comenzó a hablar a finales del pasado siglo de una mayor influencia de la poesía inglesa que abarcaba la necesidad de concreción, a nivel europeo, de los últimos pasos de la experiencia en el largo recorrido de la literatura anglosajona. La poesía española empezó, pues, a situarse cercana a los criterios epocales de los escritores que constituyeron la avanzadilla del romanticismo inglés, los primeros que sintonizaron con el espec-

tro que supuso la consecuencia vital de la Revolución Francesa y, como consecuencia, la caída del *Ancien Régime*, los nombres de Coleridge y Wordsworth se situaron como referentes para los poetas españoles del medio siglo, pero también los poetas románticos tardíos, en especial Gerald Manley Hopkins, que abren de nuevo –recordemos la influencia de todos ellos en Cernuda o Juan Ramón– una ventana por donde dejar pasar el aire fresco de la nueva poesía española.

Pero el compromiso con las tesis de la poesía romántica pasaría por la revisión, como no podía ser de otro modo, de su escritura para hacer concretar su influencia añadiendo un compromiso con el futuro, con la nueva visión histórica y social de los poetas españoles, y acrecentando la necesidad de abrir nuevas espitas en el firme dique de los postulados románticos. Así nos encontramos con propósitos que abarcan hasta nuestros días y que se distinguen por lo que Eduardo García proponía en su espléndido *Una poética del límite*¹ o *Imán y desafío* de Jordi Doce², donde se analiza la influencia anglosajona antes referida y se pone de manifiesto una clara apuesta por la reinterpretación de sus tesis para adaptarlas a las voluntades creativas que marcan el reciente siglo.

Es necesario recordar en este punto que la poesía antes referida como «de la experiencia» sigue tremendamente vigente en los postulados de los nuevos creadores y que, por tanto, tendrá un valor fundamental, como es de suponer, en el compromiso de los mismos con las revisiones de los románticos en su conjunto.

Pero llegados a este punto, y teniendo en cuenta las consecuencias propias de estos movimientos en el panorama poético español, existen elementos que nos harían pensar en nuevas perspectivas en la lectura, siempre bajo el prisma de lo anglosajón instalado casi definitivamente en los poetas, de un nuevo compromiso que, derivado de algunas incursiones en la popularización de la poesía, instalado en los propósitos –hasta ahora tan sólo teóricos– que nos hacen ver que el género canción podría ser una alternati-

¹ *Una poética del límite*. García, Eduardo. Editorial Pre-textos, 2005.

² *Imán y desafío*. *Presencia del romanticismo inglés en la poesía española contemporánea*. Doce, Jordi. Editorial Península 2005.

va real en los compromisos literarios de la nueva poesía española, podría ponernos sobre la pista de una evolución –para algunos involución– de la lírica actual.

Estos postulados, si bien débilmente señalados por algunos creadores (Luis Antonio de Villena o el propio García Montero), tendrían en su compromiso con los cauces de escritura un sentido de integración en el panorama lector propio de las conductas de nuestro siglo.

A esta nueva interpretación de la lírica, me gustaría añadir la necesidad de, tomando las favorables experiencias que consolidan un acercamiento del poema al lector no avisado, construir un epicentro desde donde empezar a vislumbrar unos postulados que acrecentarían este compromiso de comunicación entre los elementos del corpus creativo, elementos que viene siendo el escritor y el lector en sus responsabilidades con lo escrito y la interpretación, la utilización de lo escrito.

Este epicentro vendría de la mano del nuevo renacimiento, la nueva incursión de un petrarquismo revisitado y, como consecuencia, y amparado por la ola anglosajona que nos lleva hacia las orillas, las tesis de los poetas isabelinos ingleses en su conjunto, las *dainty songs of the Elizabethans*.

Volver a visitar con los ojos del escritor del siglo actual la poesía de Sir Philip Sidney, Walter Raleigh o de Edmund Spenser, adentrarse en las tesis del primer John Donne, sería fomentar los espacios que estos proponen desde postulados que abrirían, no sólo caminos para una nueva vía de interpretación, sino también consolidar otros que ya fueron abiertos recientemente.

Amparadas en la poesía pastoril, las intenciones de unos y otros vienen de la mano del ambiente cortesano, inteligente y burlesco que se adueña de su época; la musicalidad de las palabras, el ambiente luminoso que anima a la comprensión del mensaje, lo satírico, lo alegórico, son entidades que ayudan a convertir el lenguaje en, ya lo hemos dicho, luz que atraviesa la opacidad.

A su vez, la evolución histórica de finales del siglo XV y principios del XVI, sitúa a las sociedades en una tesitura de compromiso que abarcaría el ámbito de la literatura como una de las baluartes de la lucha de clases. En este sentido se sostiene que «detrás de la llamada guerra contra la poesía –heredada por la

sociedad a la que antes hacíamos referencia— se esconde no sólo la estricta moral puritana dictada por la religión, sino también una nueva realidad social condicionada por la emergente clase media que empieza a cuestionar el papel dominante de una aristocracia ociosa que ha abandonado la función militar que había tenido en otros tiempos. En una época en la que la sociedad se siente menos amenazada por los conflictos armados y el motor social y económico de la misma recae sobre la clase media trabajadora y comerciante, esta comienza a reclamar una participación más activa en el gobierno. Una de las formas de entablar esta lucha es cuestionando la necesidad social de las actividades de la aristocracia: el ocio y el arte, equiparando ambas y tachándolas de ser improductivas e incluso afeminantes»³.

La aristocracia, como pueden suponer, se alzó en contra de estas opiniones y empezó a crear un clima necesario de defensa de sus propios intereses. Permítanme extrapolar los contenidos de la cita al contexto de las sociedades actuales y verán cómo el asunto vendría pintado en los compromisos de la literatura en una sociedad como la nuestra, desprovista de criterios estéticos de importancia y alejada de las conductas creativas que no pasen por cubrir la demanda de una clase social dominante que se erige como la conductora de los planteamientos, no sólo económicos y sociales, sino también estéticos que forman parte del mundo civilizado.

En este orden de cosas, cabe resaltar el «aspecto provechoso de la actividad poética» desde tesis que defienden el placer como elemento fundamental, pero un placer que esconde el elemento moralizante como principal. Desde esta perspectiva, uno puede empezar a entender que, trasmutada en goce, la virtud es ahora moneda de cambio de las sociedades.

Sirvan estos aspectos, muy telegráficos en su conjunto, para desentrañar el valor real de los postulados de la poesía isabelina y su adaptación a las formas operadas desde nuestra sociedad, al motor que supone la creación en el sentido *político* al que venimos aludiendo.

³ Introducción a *Defensa de la Poesía* de Sir Philip Sydney. Cano Echevarría y otras. Cátedra Letras Universales, 2003.